

Yasmina Khadra

La ecuación de la vida

Traducción de Wenceslao-Carlos Lozano

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *L'Équation africaine*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuares.com

Imagen de cubierta: © Kevin Fleming / Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions Julliard, París, 2011

© de la traducción del francés: Wenceslao-Carlos Lozano González, 2012

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-401-3

Depósito legal: M. 9.040-2021

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

I
Frankfurt

Cuando conocí el amor, pensé que por fin pasaba de la *existencia* a la *vida* y me prometí velar por que mi alegría jamás desapareciera. Descubrí un sentido y una vocación que justificaban mi presencia en la Tierra, y una singularidad propia. Antes, era un médico ordinario con una carrera ordinaria. Picoteaba mi ración de actualidad sin real apetito, agenciándome unas escasas conquistas femeninas cuya pasión apenas dejaba huella en mí, o limitándome a amistades efímeras con quienes me reunía algunas noches en el pub y los fines de semana en alegres excursiones; o sea, simple rutina ocasionalmente interrumpida por algún acontecimiento tan fugaz y borroso como una impresión de *déjà-vu* menos trascendente que la sección de sucesos de un diario cualquiera... Cuando conocí a Jessica, me encontré con *el* mundo, por no decir que accedí a su quintaesencia. Quería ser para ella lo que ella era para mí, merecerme todos y cada uno de sus pensamientos, convertirme hasta en la menor de sus preocupaciones; quería que fuera incondicionalmente mía, mi Egeria y ambición; quería un sinfín de cosas, y Jessica las encarnaba todas. Era la estrella que daba luz a mi universo. Me sentía plenamente dichoso, como si el verano se adelantara en el hueco de mi mano. Mi corazón marcaba la pauta de mis estados de gracia. Cada beso que llegaba a mis labios equivalía a un jura-

mento. Jessica era mi sismógrafo y mi religión, una religión en la que no cabía el lado oscuro de las cosas y cuya profecía se resumía en dos palabras: *te amo...* Pero, desde unas semanas atrás, ese piadoso voto parecía haber quedado en entredicho. Jessica ya no me miraba como antes. Me costaba reconocerla. Habían tenido que pasar diez años para percatarme de que algo no funcionaba en nuestro matrimonio; algo que se negaba a darme la menor pista sobre el origen del desencuentro. Cuando intentaba hablarle, se estremecía y tardaba un rato en darse cuenta de que sólo se trataba de mí, su marido, intentando atravesar la coraza tras la cual se escudaba; cuando insistía, se protegía con los brazos pretextando que no era el momento. Cada palabra mía, cada suspiro la indisponía, la alejaba un poco más de mí.

Mi mujer no me tenía preocupado; me tenía espantado.

Sólo la conocía combativa, soberana en sus luchas y convicciones, atenta al menor resplandor susceptible de alumbrar nuestras vidas... Jessica había simbolizado aquellos benditos años de bonanza compartida. Diez años de amor desenfrenado, de retozos torrenciales y cómplice ternura.

Nos conocimos en una cervecería de los Campos Elíseos, en París. Ella estaba participando en un seminario; yo asistía a un congreso. Me enamoré apenas la vi. Nos miramos en silencio, ella desde el fondo de la sala, yo junto a la pared acristalada. Luego nos sonreímos. Ella salió primero con unos colegas suyos. Pensé que no la volvería a ver. Pero nos cruzamos de nuevo aquella noche en el vestíbulo del hotel donde se celebraban, en pisos distintos, su seminario y mi congreso. Es sabido que a la ocasión la pintan calva, de modo que a los cuatro meses estábamos casados.

¿Por qué se había vuelto tan distante? ¿Por qué no me contaba sus aflicciones ni sus secretos? Desesperado, creí que era por cargo de conciencia y sospeché alguna relación extramatrimonial, una aventura sin futuro que la estuviera acosando en medio de un tumulto de remordimientos. En realidad, divagaba, Jessica siempre me había sido fiel. No recordaba haberla sorprendido mirando a otro hombre.

Muchas veces en la cocina, tras un almuerzo sin eco, mientras esquivaba mi mirada, mi mano se tendió hacia la suya. Instintivamente, recogía su brazo como un caracol asustadizo y lo ocultaba bajo la mesa; yo conservaba la calma para no empeorar la situación.

Qué hermosa era Jessica. Me moría de ganas de estrecharla; tenía hambre de ella, de su generoso cuerpo, de sus abrazos orgásmicos. Echaba de menos el olor de su cabello, su perfume, el azul de sus ojos. La añoraba aun teniéndola delante, la perdía apenas me daba la espalda. No sabía cómo recuperarla.

Nuestra casa parecía un mausoleo precintado por el que vagaba fantasmalmente como un cautivo. No daba pie con bola. Me sentía disperso, superfluo e inútil a más no poder. Sólo me quedaban los ojos para ver cómo las luces de mi vida se iban apagando una tras otra, y cómo la negrura de los bastidores invadía el escenario sobre el cual mi heroína había perdido toda capacidad de respuesta. Jessica había olvidado su papel, sus silencios carecían de sentido. Ya no era sino un envoltorio de carne, inaprensible como un recuerdo huérfano de historia. ¿En qué estaría pensando? ¿Qué la tenía tan agobiada? ¿A qué venía esa prisa en acostarse, abandonándome a mi suerte en el salón, abrumado por tanto interrogante?

Pasaba mis depresivas veladas zapeando ante una tele soberanamente aburrida. Resignado, me acostaba

con la cabeza embotada y permanecía una eternidad *escuchando* dormir a Jessica. Se la veía esplendorosa, como una ofrenda caída del cielo que me fuese prohibido tocar. Ya libre de sus fantasmas, su rostro recobraba frescura, encanto, humanidad, convirtiéndose en el espectáculo más hermoso que me fuese permitido ver en medio de las tinieblas que habían eclipsado mi mundo.

Cuando me despertaba, ya se había ido. Veía en la cocina los restos de su desayuno, alguna nota sobre la nevera: «No me esperes esta noche. Volveré seguramente tarde...» con la marca de sus labios a modo de firma.

Entonces el día se me hacía tan cuesta arriba como la velada anterior.

Yo era médico generalista y ejercía en la planta baja de un edificio elegante a pocas manzanas de la Henninger Turm, en las alturas del barrio de Sachsenhausen, al sur de Frankfurt. Mi consulta ocupaba toda la planta y disponía de una sala de espera con cabida para una veintena de personas. Mi asistente se llamaba Emma, una joven alta, de piernas musculosas, muy eficaz. Cuidaba sola a sus dos hijos tras la deserción del marido, y mantenía mi consulta más limpia que un quirófano.

Me esperaban dos pacientes: un anciano lívido encogido en su abrigo y una joven con su bebé. El anciano daba la impresión de haber pasado la noche entera ante mi puerta. Se puso de pie apenas me vio.

—Sufro demasiado, doctor. Los comprimidos que me ha recetado ya no me hacen efecto. ¿Qué va a ser de mí si ningún medicamento me alivia?

—Ahora mismo lo atiendo, señor Egger.

—Estoy muy preocupado, doctor. ¿Qué tengo? ¿Está seguro de haberme diagnosticado debidamente?

–Me atengo a las indicaciones del hospital, señor Egger. Ahora mismo estoy con usted.

El anciano volvió a sentarse y se encogió dentro de su abrigo. Dijo a la madre, que lo miraba indignada:

–Yo estaba antes que usted, señora.

–No digo que no –le replicó–, pero yo vengo con un bebé.

No dejaba de pensar en Jessica durante las consultas. No conseguía concentrarme en mi trabajo. Emma sabía que no me encontraba bien. A mediodía, me rogó que saliera a almorzar y a relajarme un poco. Fui a un pequeño restaurante cercano a la plaza Römerberg. En la mesa contigua, una pareja no paraba de reñir conteniendo la voz. Luego apareció una familia con niños revoltosos y me apresuré a pedir la cuenta.

Caminé hasta una plazoleta cercana, me senté en un banco hasta que me echó de allí una pandilla de jóvenes turistas. En la consulta, tres pacientes me esperaban con cara de aburrimiento. Miraron ostensiblemente sus relojes para darme a entender que llegaba con más de una hora de retraso.

Hacia las cinco de la tarde, recibí a la señora Biri-bauer, una de mis más antiguas pacientes. Pedía expresamente cita al final de mi consulta para contarme sus desventuras familiares. Se trataba de una octogenaria muy vivaracha y educada que se vestía con esmero. Aquel día no se había maquillado y llevaba un vestido sin planchar. Se la veía malhumorada y sus pequeñas manos ajadas estaban cubiertas de moratones. Empezó dándome a entender que no estaba allí por motivos de salud, se excusó por molestarme por enésima vez con sus historias de vejez solitaria y, tras una breve reflexión, me preguntó:

–¿Cómo es la muerte, doctor?

–Por favor, señora Biribauer...

Me interrumpió con la mano:

–¿Cómo es el gran sueño?

–Nadie ha resucitado para contarnos cómo es el gran sueño –contesté–. Pero no se preocupe, que no está usted en las últimas. Sólo tiene un tumor benigno que desaparecerá con el tratamiento adecuado.

Se echó atrás para evitar que mi mano se posara sobre su hombro y volvió a la carga:

–No estoy aquí para que me hable de esa monstruosidad que me ha salido en la axila, doctor. No paro de hacerme la pregunta. No he pensado en otra cosa en estos últimos días. Intento imaginarme cómo es el gran salto, la gran oscuridad, la gran nada, y no lo consigo.

–Debería pensar en otra cosa, señora. Tiene usted una salud de hierro y muchos ratos de felicidad por delante.

–Los ratos de felicidad son los que se comparten con la gente a la que se quiere, doctor. ¿En qué otra cosa puedo pensar? ¿Acaso existe otra cosa?

–Su jardín.

–No tengo jardín.

–Su gato, sus macetas, las fiestas, los nietos...

–Ya no tengo a nadie, doctor, y las flores de mi balcón no bastan para alegrarme la vida. Mi hijo ya no viene a verme, y eso que vive a veinte kilómetros de casa. Cuando lo llamo por teléfono, me dice que el trabajo no le da respiro, que no tiene un minuto para él... O sea que me sobra tiempo para preguntarme en qué consiste el gran vacío...

Se retorció los dedos y añadió:

–La soledad es una muerte lenta, doctor. Ya no estoy segura de seguir estando en este mundo.

Me sostuvo la mirada durante un largo rato antes de darse la vuelta.

Le cogí las manos y se dejó hacer como si no le quedaran fuerzas para recuperarlas.

—Déjese de tanto pensamiento negativo, señora Biribauer —le dije—. Se preocupa usted por nada. Todo ocurre en su cabeza. Tiene que mantener la moral. Ha demostrado tener valor y lucidez. No hay motivo para desanimarse y, créame, la vida se merece ser vivida hasta el final, con sus alegrías y sus sinsabores.

—Precisamente, doctor, precisamente. ¿Cómo es ese final?

—¿Y qué más da? Lo importante es que haga más caso a sus flores. Eso dará alegría a su balcón. Ahora veamos cómo ha reaccionado nuestro pequeño tumor al tratamiento.

Retiró sus manos y me confesó suspirando:

—No he seguido el tratamiento.

—¡No puede ser!

Se encogió de hombros, como una niña enfurruñada.

—Quemé la receta apenas llegué a casa.

—Pero eso es muy poco serio, señora mía.

—Nada es serio cuando no se tiene a nadie alrededor.

—Hay lugares especializados, señora Biribauer. Si tan sola se encuentra, ¿por qué no solicita su ingreso en una residencia? Estaría usted acompañada, la cuidarían, la...

—¿Me está usted hablando de esos asilos para ancianos agonizantes? ¡Son auténticos morideros!... No es lo mío. No me veo acabando mi vida en una de esas lúgubres residencias. No, soy incapaz de aceptar que me metan en la cama a horas fijas, que me saquen a tomar el aire como si fuera un vegetal y que me tapen la nariz para que acabe la sopa. Soy demasiado orgullosa. Tampoco me gusta depender de los demás. Me despediré de este mundo con la cabeza alta, me mantendré en pie hasta el último momento, sin estar enchufada a ningún

aparato por las venas ni por la nariz. Yo misma elegí el momento y el modo...

Apartó mi brazo y se levantó, furiosa consigo misma. Intenté retenerla, me rogó que la dejara ir y salió de la consulta sin añadir una palabra ni mirar a nadie. La oí alcanzar el vestíbulo, abrir la puerta y salir dando un portazo; esperé a verla caminar por la calle pero no pasó ante mi ventana como era su costumbre. Debió de tomar la dirección opuesta. Me embargó una profunda tristeza y me apresuré a atender a otro paciente.

Había anochecido cuando Emma me preguntó si podía irse.

—Hasta mañana —le dije.

Permanecí media hora más en mi despacho tras la partida de Emma, sin hacer nada especial. Como Jessica regresaba tarde, no sabía qué hacer con ese tiempo sobrante. Apagué las luces, menos la de la mesa de despacho. Me relajé un poco. Me gustaba estar atento al silencio del edificio, un silencio impregnado de sombra y de ausencia que parecía sanearlo todo a mi alrededor. Había gente viviendo en cinco pisos de alfombrados corredores, y no percibía el menor ruido. Se encerraban en sus casas como si fueran tumbas. Era gente de cierta edad, adinerada, cuando no burguesa, pero increíblemente discreta. Me cruzaba con algún que otro vecino en el vestíbulo, todos igual de encogidos, apenas perceptibles bajo sus sombreros, deseosos de desaparecer de mi vista, casi pidiendo perdón por su presencia.

Mi reloj marcaba las ocho. No me apetecía regresar a casa y encontrarme a solas en el salón oscuro, frente a una tele que no me decía nada, mirando cada cinco minutos el reloj de pared y esperando que Jessica se apareara de cada coche que se detenía en la calle.

Miré de soslayo su retrato enmarcado, una foto tomada en una playa italiana a los dos años de casados. Jessica tostándose al sol sobre una roca sitiada por un espumoso oleaje, con su rubia cabellera cayéndole sobre unos hombros tan diáfanos como reacios al bronceado. Parecía una sirena sobre una nube, risueña y radiante, con su mirada ensanchando el horizonte... ¿Qué había dejado de funcionar? Jessica cambió cuando la nombraron subdirectora de relaciones internacionales de la multinacional para la que trabajaba. Viajaba mucho, de Hong Kong a Nueva York, de Escandinavia a América Latina; trabajaba como una posea, sacrificaba sus vacaciones, se traía a casa pilas de informes para completar sus fichas con la perspicacia de un sabueso; a veces se encerraba con llave durante horas en su pequeño despacho, como si estuviese ocupándose de asuntos ultrasecretos.

Recogí mi abrigo, me coloqué la bufanda alrededor del cuello, apagué la luz y salí. En el vestíbulo del edificio, el ascensor esperaba pacientemente que acudiera algún usuario. Se trataba de un bonito ascensor antiguo cuya impoluta y reluciente caja de hierro estaba pintada de negro.

Fuera, un viento gélido arañaba las fachadas. Me puse el abrigo y subí la calle hasta el bar de la plaza. Al verme, Toni, el barman, me dirigió una amplia sonrisa. Accionó la palanca de la cerveza de barril y me puso delante, sobre la barra, una jarra rebosante de espuma. Solía cenar su plato combinado de mariscos cuando Jessica *regresaba tarde*. Toni era un buen muchacho sureño, jovial y gracioso, pelirrojo y ardiente como una antorcha. Le encantaba divertir a la gente con bromas que rozaban la impertinencia. En el barrio lo apodaban el Siciliano por su buen humor y su espontaneidad. Su in-

vasiva familiaridad desconcertaba a veces a algunos clientes, poco acostumbrados a esa camaradería improvisada; pero con el tiempo se acostumbraban. Toni me caía muy bien, aunque yo fuese demasiado reservado para su gusto. Tenía la virtud de relajarme, y la corrección de no insistir cuando no reaccionaba a sus palmadas en el hombro.

–Menuda cara traes, Kurt.

–He estado muy atareado hoy.

–¡Eso es tener suerte! ¡No te quejarás!

–Me alegro de ello.

–Pues no se nota. Espero que no te hayas dejado olvidada la sonrisa sobre el estetoscopio.

Le sonreí.

–Eso me tranquiliza. ¿Ves lo poco que cuesta sonreír?

Pasó un trapo sobre la barra y me anunció:

–Hans acaba de irse. ¿No te lo has cruzado?

–No. ¿Cuándo regresó?

–Hace tres días. ¿No ha pasado a verte?

–No.

–¿Cómo es eso? ¿Estáis de morros?

–En absoluto. Si no ha pasado a verme, será porque tiene otros asuntos que atender... ¿Qué tal le ha ido en la Amazonia?

–Bien, por lo que parece. No hemos tenido tiempo de hablar de ello, pero parecía estar encantado con su expedición. Además, está moreno y se ha quitado unos cuantos kilos de encima, lo cual le sienta de maravilla.

Hans Makkenroth era mi amigo desde hacía tiempo. Heredero de una de las familias más adineradas de Frankfurt, dirigía varias empresas importantes especializadas en equipamiento hospitalario. Pero su fortuna no había conseguido convertirlo en un ser inaccesible. Muy al contrario, se lo solía ver en lugares ordinarios, mez-

clándose con el gentío y huyendo como de la peste del fasto y de la pompa. Nos habíamos conocido diez años antes en Maspalomas, en Canarias. Hans estaba celebrando sus bodas de plata con Paula; Jessica y yo estábamos de luna de miel. Nuestros bungalós eran colindantes, a un paso de la playa. Paula hizo migas con Jessica pese a la diferencia de edad. Por las noches se reunían para tomar café y accedían a que Hans y yo les hiciésemos compañía. Hans era un apasionado de los barcos, de los océanos y de los pueblos indígenas. Como le seguía la corriente, se acabó también apasionando por mí. Estábamos casi siempre juntos.

Cuatro años después, una congestión pulmonar acabó fulminantemente con la vida de Paula. Desde entonces, Hans no paraba de recorrer mundo, como si pretendiera despistar su dolor. Era un navegante excepcional, fascinado por los espacios más ignotos. Todos los años levaba anclas hacia territorios improbables, y aportaba su ayuda a pueblos desamparados de los lugares más recónditos de la selva amazónica, de África y de la más remota Asia.

—¿Quieres tomar algo más?

—Tengo un poco de hambre, pero esta noche no me apetece marisco.

—Tengo unos calamares succulentos.

—Prefiero carne. Me conformo con una entrada.

Toni me propuso un *carpaccio* de buey.

Por encima de la barra estaban retransmitiendo un partido de fútbol en una pantalla de plasma. En el fondo de la sala, una familia cenaba en silencio en torno a un anciano de gestos imprecisos. Dos mujeres jóvenes parloteaban en una mesa junto al ventanal de la calle; el letrero luminoso del bar proyectaba en su rostro un salpicón de colores y en el pelo reflejos de relumbrón. Una

de ellas se me quedó mirando antes de acercarse a su compañera, que se volvió a su vez para echarme el ojo. Pedí la cuenta y, pese a que Toni insistiera para que tomara una última copa, salí a la calle, donde el frío arreciaba.

Tenía intención de caminar un poco, de acercarme al río para desentumecer las piernas y la cabeza, pero el peso de las nubes quebró el cielo y el chaparrón me obligó a correr hacia el aparcamiento donde tenía mi coche.

Llegué a casa hacia las diez y media por los atascos debidos a la lluvia. Deseaba que Jessica hubiese regresado, pero no se veía luz por las ventanas de nuestro chalet.

Vi sobre la cómoda del vestíbulo una chaqueta suya. No recordaba haberla visto esta mañana al salir de casa.

Nuestra cama no estaba deshecha.

Tras quitarme el abrigo, la chaqueta y la corbata, fui a la cocina por una cerveza. Me acomodé en el sofá, crucé los pies sobre un puf y cogí el mando de la tele. Salió un debate político. Zapeé durante un rato hasta que di con un documental acuático. Unos tiburones operaban en grupo entre corales. Las simas oceánicas me sosegaron algo, aunque no llegué a concentrarme en el tema. El reloj de pared marcaba las once y once minutos. El mío también. Me puse a zapear como un poseso hasta regresar al documental acuático. Como nada podía retener mi atención, opté por tomar una ducha antes de meterme en la cama.

Al encender la luz del cuarto de baño, estuve a punto de caer de espaldas como por efecto de una descarga eléctrica. Creí estar alucinando, pero no se trataba de un vulgar efecto óptico ni de una mera impresión. «¡No!», me oí gritar. Paralizado, suspenso en un vacío sideral, me agarré al lavabo para no derrumbarme. Unos escalofríos me recorrieron las pantorrillas y subieron hacia el

vientre antes de ramificarse por todo mi ser en una multitud de descargas eléctricas: Jessica estaba allí, tumbada en la bañera, vestida, con el agua hasta el cuello, la cabeza ladeada, un brazo caído fuera. Su cabellera flotaba alrededor de su rostro demacrado y sus ojos medio entornados apuntaban con triste fijeza hacia su otro brazo, doblado sobre el vientre... Un espectáculo insostenible, de pesadilla, surrealista... ¡El horror en su inconmensurable crueldad!

La casa estaba atestada de intrusos.

Alguien me trajo un vaso de agua y me ayudó a sentarme. Me hablaba pero yo no escuchaba. Veía a desconocidos atareados a mi alrededor, policías uniformados, camilleros en bata de faena. ¿Quiénes eran? ¿Qué hacían en mi casa? De pronto lo recordé. Yo los había llamado. Pero la bruma eclipsó el destello de lucidez. No comprendía nada ni conseguía ubicarme dentro del desorden de mi atestada mente: Jessica... Jessica se había quitado la vida tragándose dos cajas de somníferos. Dos cajas... de somníferos... ¿Cómo podía ser?... Jessica estaba muerta... Mi mujer se había suicidado... El amor de mi vida se había esfumado... Mi universo se había arruinado en un santiamén...

Me agarré la cabeza con ambas manos para evitar que se desintegrara. Imposible borrar de mi mente esa primera impresión visual en el cuarto de baño, con ese cadáver en la bañera... Jessica, te suplico que salgas de ahí... ¿Cómo iba a poder salir de ahí? ¿Cómo iba a oírme? Su rigidez, su marmórea palidez, la gélida fijeza de su mirada eran inapelables, pese a lo cual me abalancé sobre ella, la tomé en mis brazos, la sacudí pidiéndole a voces que despertara; mis gritos retumbaban hasta estrellarse contra las paredes, perforándome las sienes.

Como médico, sabía que nada podía hacerse, pero como esposo me negaba a admitirlo. Jessica ya no era sino un amasijo de carne, una naturaleza muerta. La tumbé en el suelo y le apliqué todas las técnicas posibles de reanimación. Hasta que, exhausto y aterrado, me encogí en un rincón y me la quedé contemplando como a través de un espejo sin azogue. Ignoro cuánto tiempo permanecí postrado, azorado, aniquilado por la desgracia que me acababa de ocurrir.

Los policías salieron del cuarto de baño después de recoger su equipo. Tomaron fotos y apuntaron todos los indicios susceptibles de explicar las circunstancias de la muerte de mi mujer. Los camilleros se llevaron el cuerpo hasta la ambulancia. Los vi sacar a Jessica, ya sólo un despojo cubierto con una sábana blanca.

Un hombre alto de traje oscuro me llevó aparte. Tenía la cara redonda, las sienes canosas y una importante calvicie. Me pidió que conversáramos en el salón con una cortesía casi obsequiosa que, extrañamente, me irritó.

—Soy el teniente Sturm. Quisiera hacerle algunas preguntas. Sé que no es el mejor momento, pero no tengo más remedio...

—No es el mejor momento, teniente —lo interrumpí—. No lo es para nada.

Me costaba identificar mi propia voz por lo apagada que me sonaba. Estaba indignado con el teniente, su actitud me resultaba inhumana. ¿Cómo se atrevía a hacerme preguntas si yo mismo ignoraba lo que me estaba ocurriendo? ¿Qué respuestas esperaba de alguien que acababa de perder sus apoyos, sus facultades, su discernimiento? Me hallaba en estado de choque, arrastrado por una tormenta hacia vaya uno a saber qué abismo...

Mi único deseo era recuperar el silencio de mi casa.

El teniente volvió a casa al amanecer, junto con dos inspectores impenetrables que me desagradaron apenas los vi. Me los presentó someramente y rogó que los dejara entrar. Les cedí el paso. Con desgana. No estaba como para recibir a nadie. Necesitaba estar solo, bajar las persianas, sumirme en la oscuridad y hacer como si estuviera fuera. Ni el tiempo ni el mundo ni el universo entero podían aplacar mi dolor. Tan poca cosa, tan disminuido me sentía ante él que me habría ahogado en una lágrima. Ello sin hablar de ese cansancio tan enorme y desproporcionado que me estaba destrozando metódicamente. No había pegado ojo en toda la noche. Cuanto más me asaltaba la macabra escena del cuarto de baño, más borrosa se me hacía. Era como un sueño cuyo vaivén me producía unas náuseas difusas y punzantes. No estaba seguro de nada. El suicidio de Jessica era un espantoso misterio... Lo cierto es que no quería dormir. El sueño habría sido el peor verdugo. ¿Para qué dormir? ¿Para comprobar al despertarme que Jessica había muerto? ¿Cómo sobrevivir a tan brutal impacto?... En modo alguno podía dormirme... Cuando se fueron la ambulancia y los policías, apagué las luces, cerré las ventanas a cal y canto, me acurruqué en un rincón del dormitorio desde el cual tuve al sueño en jaque hasta el amanecer, consciente de que ningún rayo de sol me ayudaría a asumir mi luto.

Llevé a los tres policías hasta el salón. Se sentaron en el tresillo. Permanecí de pie, sin saber qué hacer. El teniente me señaló un sillón y esperó a que me acomodara en él para preguntarme si Jessica tenía algún motivo para acabar con su vida. Me lo preguntó con la boca chica. Me lo quedé mirando, perplejo. Tras dar varias vueltas a la pregunta, le contesté que me costaba creer que hubiese muerto, que esperaba poder despertar en

cualquier momento de esa pesadilla. El teniente asintió con la cabeza, educadamente, y me lo volvió a preguntar, como si mis palabras no vinieran a cuento y deseara que me atuviera estrictamente a los hechos, a los posibles motivos de que una persona como Jessica se hubiese suicidado. Comprendí, por su manera de observarme, que sólo sugería una hipótesis preliminar antes de pasar a otra, más calibrada; pues, por el momento, no estaba demostrado que se tratara de un suicidio. Consciente de su indelicadeza, se ajustó la corbata y me preguntó con sencillez cómo se había comportado Jessica últimamente. Le contesté que la veía preocupada, esquiva, secreta, pero que en ningún momento la creí capaz de una reacción tan desesperada. Al teniente no pareció satisfacerlo mi declaración, con la que no adelantaba gran cosa. Se alisó la línea de la nariz, se acarició la calva sin dejar de mirarme, y me preguntó si mi esposa había dejado alguna carta explicando su gesto. O una grabación, algo por el estilo, añadió. «¿Una carta? No lo he comprobado», le dije. El teniente quiso saber si nuestra relación estaba en crisis. Apartó la mirada al hacerme la pregunta. Le garanticé que nos llevábamos muy bien y que no había nada que enturbiara nuestro matrimonio. Me estremecí al verme obligado a compartir mi intimidad con extraños. Por muy rutinario que fuera, algo en el interrogatorio me resultaba intolerablemente impúdico. Me pareció que los tres policías sospechaban de mí, que intentaban pillarme. Su metodología fría y resuelta me sacaba de quicio. El teniente garabateó algo en su cuadernillo. Luego carraspeó llevándose la mano a la boca, y me informó de que, según el forense, mi mujer había muerto entre las diez de la mañana y las dos de la tarde. Me pidió que le contara lo que había hecho el día anterior. Le dije que había salido de casa a las ocho y media y que

había llegado a mi consulta a las nueve y cuarto, que había estado atendiendo a mis pacientes hasta la una de la tarde, que había ido a almorzar y había regresado a la consulta... Tuve un escalofrío. Si me preguntaban lo que había hecho entre la una y las tres y media, ¿cómo podía demostrar mi presencia en la plazoleta, sentado solo en un banco, sin testigo concluyente, mientras mis pacientes se impacientaban en la sala de espera?

Los inspectores tomaban nota de mis declaraciones con fingido desapego, insensibles al desastre que provocaban en mí. No les perdonaba que me persiguieran de ese modo, que ignoraran mi pena y siguieran acosándome con preguntas hurgando sin reparo en los recovecos de mi vida conyugal. Esperé estoicamente que se fueran y desaparecieran de mi vista. El teniente acabó guardándose el cuaderno de notas en el bolsillo interior de su gabardina y me preguntó si podía ayudarme en algo. No le contesté. Asintió con la cabeza, me tendió su tarjeta, me señaló su número de teléfono por si recordaba algún dato digno de interés.

Cuando se fueron los policías, me agarré la cabeza con las manos, intentando no pensar en nada.

Emma llamó por teléfono para anunciarme que mis pacientes estaban hartos de esperar. Le rogué que me excusara ante ellos y que anulara las citas para las próximas fechas. Intrigada, me preguntó el motivo.

–Jessica ha muerto –le dije con voz átona.

–¡Dios mío! –exclamó.

Permaneció callada un largo rato antes de colgar.

Me quedé mirando fijamente el teléfono, sin saber qué hacer con él.

Algunos vecinos acudieron a verme. El jaleo de la víspera los había tenido en vilo. Puede que los despertaran la ambulancia y los vehículos policiales con sus giro-